



EVITA Y EL CHE, LOS SANTOS ARGENTINOS DE LA POLÍTICA

Santa Evita y San Ernesto de la Higuera fueron canonizados por la devoción popular y siguen derramando milagros por la tierra.



Mar Centenera

Mar Centenera es periodista. Nacida en Barcelona en 1978, vive desde hace cinco años en Buenos Aires, donde trabajó primero como corresponsal para la Agencia Efe y ahora escribe en el diario español El País. Antes pasó por Italia e Indonesia. (Biblioteca Nacional, 2015).

Hacia 62 años que María Rossi había asistido al multitudinario velatorio de Eva Duarte de Perón cuando una noche Evita se le apareció en la ventana. “Fueron unos segundos nomás, pero la vi. Vestida de blanco y con esa piel transparente que tenía. Seguro que me quería tranquilizar, porque yo esa noche no podía dormir y rezaba por mi hija. Rezaba a la virgen María, pero ahí empecé a rezar a Evita y la intervención de mi hija al día siguiente fue bien”, cuenta María frente al mausoleo de los Duarte en el cementerio de Chacarita. Esta argentina de 87 años cuenta que viene cada año, hasta que le den las piernas, a agradecerle a Evita su protección. “En casa tengo un altarcito con velas e imágenes de Jesús, la Virgen y Evita. Le pido por la familia, pero también por el país, para que Evita siga siendo un faro, un ejemplo de solidaridad y amor y los argentinos no la olviden nunca”, agrega.

Los restos de Eva Duarte descansan en el fondo del mausoleo familiar, en el interior de una cámara acorazada, desde 1976. Fieles y turistas peregrinan hasta allí a diario. Sacan fotografías, besan su nombre, rezan frente a la tumba en silencio y la llenan de flores frescas -abundan los claveles blancos, las rosas rojas, fresias, lirios y ramas de olivo-, rosarios, estampitas del papa Francisco y de la Virgen. Aunque no es fácil verlos a simple vista, hay también varios mensajes escritos a mano y escondidos entre las rejas negras del monumento fúnebre. Uno de ellos dice así: “Protege a Argentina de todos los males, pestes y corrupción. Protege a todas las familias argentinas para que renazca la unión. Protege a mi familia y seres queridos”. “Gracias Evita por ser tan buena y ojalá tu semilla se extienda eternamente llenando el mundo de solidaridad, amistad, paz y unión”, está escrito en otro.

En los dos años posteriores a su muerte, ocurrida el 26 de julio de 1952, el Vaticano recibió casi 40.000 cartas que atribuían distintos milagros a Evita y solicitaban su canonización. La Iglesia católica cerró la puerta a esa posibilidad, pero el pueblo igual la encumbró a lo más alto.

El ascenso de la *abanderada de los humildes* al santoral popular hunde sus raíces en sus últimos días de agonía en la residencia presidencial, cuando el cáncer avanzaba por su cuerpo sin que nadie lograra detenerlo. En las calles y en los hogares se improvisaron altares para rezar por la sanación de esa mujer a la que una multitud de argentinos, en su mayoría de las clases populares, veneraban por toda la ayuda brindada y su compromiso político.

Su muerte a los 33 años, la edad de Jesucristo, desencadenó una explosión de dolor colectivo, con filas kilométricas de admiradores que desafiaban al frío y a la lluvia para verla por última vez. “Aunque hacía frío nadie se movía. Las mujeres de la Fundación repartieron frazadas y bebidas calientes y eso ayudó a la espera”, recuerda

la docente jubilada Paula Santos sobre el velatorio. Los altares que se habían levantado para pedir por la salud de la Jefa espiritual de la Nación se llenaron de crespones negros y los ruegos se dirigían en ese momento también a su alma. “Nos ayudó tanto en vida que entonces queríamos creer que nos iba a seguir ayudando también desde el cielo, opina Paula frente a su tumba. Recuerda que Evita le regaló una máquina de coser cuando tenía 14 años y a su hermano menor, que tenía siete, una pelota de fútbol. Desde ese día, su madre incluyó a Evita en sus oraciones y ella conservó la fe.

La odisea del cadáver de Eva Duarte contribuyó a la creación de un mito. Finalizado el velatorio, el cuerpo pasó a manos de la Confederación General del Trabajo (CGT), donde fue embalsamado y permaneció tres años. En 1955, tras el derrocamiento de Perón, militares encabezados por el jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, el teniente coronel Moorri Koenig, lo secuestraron. Más tarde, los militares lo enviaron a Italia, donde permaneció quince años enterrado con un nombre falso, hasta que en 1971 fue exhumado y trasladado a Madrid, la ciudad en la que estaba exiliado Perón. Finalmente fue repatriado en 1974 por orden de Isabel Perón y en 1976 lo enterraron en el cementerio de La Recoleta.

“Mira que venir a descansar acá, ella que luchó contra tantos de estos”, dice Nélide Araujo, oriunda de Rufino, en Santa Fe. “Ella odiaba la oligarquía, pero está justo acá, y es la más visitada del cementerio”, añade con una sonrisa pícaro esta militante del Partido Justicialista. Como muchos peronistas, le gustaría que su cuerpo fuera trasladado a San Vicente, donde está el mausoleo del general Perón, pero tiene miedo de que vuelva a ocurrirle algo. “Allá no hay seguridad y su cuerpo no puede volver a ser profanado”, suspira. Sus temores no parecen infundados. Si quienes la odiaban celebraron su muerte en las paredes de Buenos Aires con pintadas de “Viva el cáncer”, hoy en día hay una guía del camposanto que señala a los turistas que “ni siquiera Menem pudo, por suerte, lograr que la tumba de Evita sea declarada monumento nacional”, mientras que una mujer critica en voz baja “que no dejen de llevarle ofrendas, como si fuera una santa”.

“No importa lo que digan, yo sí creo en Santa Evita. Es una santa popular, no reconocida por el Vaticano”, aclara María Rossi. “Les da bronca que no la olvidemos, que nos inspire, que nos reconforte, que nos siga ayudando desde allá arriba y que tanta gente la visite acá. Vení el 26 de junio y verás, las coronas de flores llegan al pasillo”.

La misma devoción despierta el médico y revolucionario argentino Ernesto Che Guevara en la localidad boliviana de La Higuera, donde fue ejecutado el 9 de octubre de 1967, y en la vecina Vallegrande, el lugar al que fueron trasladados sus restos y donde se tomó la

fotografía que lo inmortalizaría como un Cristo yacente.

“Vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se echaba encima y cuando me miró fijamente, me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. ‘Póngase sereno, me dijo, y apunte bien. ¡Va a matar a un hombre!’. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga”, narró Mario Terán a la revista *París Match* en 1977.

Esos ojos permanecieron abiertos una vez que Ernesto Guevara cayó al suelo, ya sin vida, en la escuelita de La Higuera. Los vecinos de la zona no pueden olvidar ese día, que transformó sus vidas para siempre. “Las personas cuando mueren cambian su color de piel, pero él no, era vivo nomás. Y me llamó la atención sus ojos, parecían decir que estaba vivo, vivo en el corazón de todos nosotros”, describe Ligia Morón, de Vallegrande, en el documental cubano *San Ernesto de la Higuera*, de Isabel Santos y Rafael Solís.

Si en la santificación popular de Evita jugó a su favor que el aire etéreo del que la dotó Pedro Ara con su embalsamamiento y la coincidencia de la edad de su muerte con la de Jesucristo, en la del Che fue su semejanza física con las imágenes religiosas del hijo de Dios al descender de la cruz. Cerca de 2.000 personas rodearon la lavandería de Vallegrande a la que fue trasladado el guerrillero para verlo. Y una tras otra salieron murmurando su gran parecido con Jesucristo, por los ojos, la barba y el torso desnudo. El jesuita Alfonso Pedrajas cree que la similitud no era tanto física sino más bien ideológica, en lo que supuso de “generosidad, heroísmo y entrega de la vida por un ideal”.

Personas de todo el mundo se acercan cada día a La Higuera para rendir tributo al que fue uno de los ideólogos y comandantes de la Revolución Cubana. Como en el caso de Evita, muchos llegan atraídos por sus ideas políticas, pero otros lo hacen también para agradecerle favores concedidos o pedirle ayuda.

“El pueblo boliviano reconoce al santo por muchos motivos. Es un santo independientemente de que el Vaticano diga sí o no. Siempre ha sido así en la historia de la Iglesia, lo del Che no es una novedad, lo que pasa es que el Vaticano se siente incómodo con esto. Pero muchos santos son santos por aclamación popular”, afirma en el documental el teólogo boliviano Alejandro Dauza. “Almita del Che, quiero que no le pase nada a mis hijos, que es lo principal. Almita del Che, que no le pase nada a mi esposo cuando está en el campo. Almita del Che, que las vaquitas estén bien, protégenos”, reza frente a la cámara una mujer en el mausoleo erigido al comandante en Vallegrande. “Yo le pido de todo corazón, con todita mi fe y él me concede el favor”, asegura.

El revolucionario es omnipresente en este rincón de Bolivia. “El Che vive”, se puede leer en la piedra de la Quebrada de Churo en la que se sentó a descansar una vez fue apresado y herido en el tobillo por los militares bolivianos. “Por esta puerta salió un hombre a la eternidad”, está escrito en la antigua escuelita de La Higuera, hoy convertida en un museo dedicado a su figura. “Los grandes ideales no mueren jamás”, pintaron cerca del lugar donde reposaron sus restos durante 30 años.

La repatriación del cuerpo a Cuba, ahora hace diez años, tuvo que hacerse casi a escondidas, dada la gran veneración de la población local.

En los dos años posteriores a su muerte, ocurrida el 26 de julio de 1952, el Vaticano recibió casi 40.000 cartas que atribuían distintos milagros a Evita y solicitaban su canonización.

La mudanza del cadáver no alteró la fe local. “Aquí quedó su sangre, eso no se lo pueden llevar”, dice con orgullo una vecina. La Higuera se mantiene como un santuario para los creyentes de San Ernesto, en su mayoría mujeres, que a diario le ofrendan panes, bollos, quesos y bebidas, entre otros alimentos. También depositan flores, le cantan canciones, le encienden velas e incluyen su nombre al pasar las cuentas del rosario. La fecha más señalada del calendario local es el 9 de octubre, aniversario de la ejecución del Che, y su víspera, cuando llegan centenares de personas para participar en la vigilia, que este año se prevé masiva.

Los niños acompañan a sus padres y se aventuran también a compartir la lista de deseos formulada al santo. “Yo le pedí una pelota”, dice uno. “Yo una escuela más bonita”, confiesa otro. “Yo un camión”, señala un tercero con timidez.

Los pedidos al Che y a Evita se renuevan a diario. Cada uno de ellos recuerda que no son sólo símbolos políticos universales, sino destinatarios de las esperanzas de los pueblos por los que lucharon. ■